

## Memorialistas & Viajeros Pío Baroja: “Paseos de un solitario”

*Bartolomé Leal, desde Santiago*

Ando escribiendo con hartas ganas, poco tiempo y dificultades estilísticas, una novela que espero sea una suma vectorial de ciertos episodios de mi vida, nada épicos por cierto, aunque me importa consignarlos antes de que se me seque el cerebro. No puedo sino recurrir a los amigos para que me ayuden a refrescar los recuerdos o me muestren cosas que nunca vi. Mis mejores amigos, aclaro, se hallan en mi biblioteca, un tanto dispersa pero casi siempre logro encontrar lo que busco. Y este libro de memorias de Pío Baroja, el narrador vasco conocido por lo gruñón y excéntrico (en sus opiniones aunque conservador en todo lo demás), a más de misógino, médico renegado y escritor al por mayor, me da desde su título, *Paseos de un solitario*, un enfoque que me sirve.

Le pone un subtítulo “Relatos sin ilación” ¿Para qué? Para joder, en mi opinión. Se explica así: “Que el lector me dispense. En la vejez no tengo memoria apenas y confundo lo antiguo con lo moderno, lo sencillo con lo complicado”. Este es un mohín de los carcamales que a mí se me ha pegado (léase párrafo inicial). Pero Pío Baroja se acuerda muy bien de muchas cosas y las cuenta porque fueron relevantes en su vida. Dice, con un poco más de veinte años: “Mi primera curiosidad era ver París, que para mí constituía, por su forma, el pueblo más interesante del mundo”. ¿Qué quiere decir con eso de “por su forma”? Misterios de la prosa a la carrera.

Es mucho lo que se ha escrito de París, yo mismo me he permitido hacerlo. Don Pío aporta algunas visiones distintas. Por ejemplo, fiel a su espíritu contradictor, dedica espacio a los suburbios, la *banlieue* como le llaman por allá. Crudas palabras utiliza para referirse a lugares que también pude apreciar: Gentilly, Montrouge, Bicêtre, los que habiendo sido algunas vez pueblitos aledaños, son hoy por hoy parte de la gran metrópoli, aunque conservando su impronta marginal. Dice: “Por las mañanas suelo andar por Montrouge. Este es un barrio de casas pequeñas, barracas, carnicerías, tabernas. Hay en él edificios y talleres con grandes chimeneas y depósitos que tienen forma de copas, sostenidos sobre una columna gruesa y única o en dos algo más estrechas. El horizonte parece nebuloso y triste observado entre los árboles”. Una descripción absolutamente justa. Mi memoria hace eco, recuerdo los álamos de Montrouge. Baroja me rebaja la nostalgia: “Las afueras de París resultan tristes, de una tristeza abrumadora y desolada”.

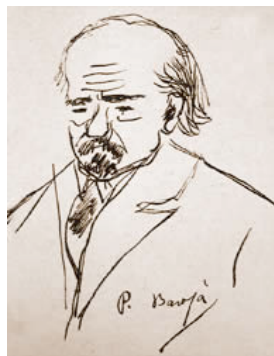
Baroja deambula por el borde de París, habita cerca de la Ciudad Universitaria y el parque de Montsouris. Se aburre. Desprecia las entretenciones: “Los días de fiesta en estas grandes ciudades como París, a pesar del sol estival, no tienen nada de alegres”. ¡Qué negra ve la vida el joven doctor vasco! Se relaciona con extranjeros, en especial españoles, rusos, judíos rumanos, polacos, cubanos. Conoce a un escritor ruso antisoviético que nadie lee, Ivan Bunin. Lo descalifica. Ganará algún día el premio Nóbel, por razones políticas, obvio. Baroja se burla de sus compatriotas exiliados y también de los que permanecen en España tras la guerra: “Muchos de estos individuos españoles, que se las echaban de fanáticos, estaban en París disfrutando un sueldo del

gobierno español rojo. Oyéndoles hablar así se veía que eran un poco más modernistas que los blancos. Habían llevado hasta París todos los lugares comunes de la prensa española, lo de *envergadura*, *cifras astronómicas*, *caída vertical*, *volumen de negocios*, *estructurar*, etc.". Gracioso, la misma jerga que se usa ahora en nuestra prensa, ¿no?

Escribe Baroja en sus *Memorias*: "Mis tres estancias en París, hechas como un objeto de exploración, fueron: la primera, en 1899; la segunda, en 1904; y la tercera, en 1906. Estas tres etapas fueron para mí como quien lee un folletín en tres tomos". Visitó muchas otras veces a París, y de allí salió este libro, síntesis de muchos viajes. Pero hay una palabra, "exploración", que resalta. La unidad que uno percibe y que él desmiente con el subtítulo, es un puro recurso literario. Recurso difícil, don Pío lo supera.

Pero para conocer París, Pío Baroja también lee. Escribe: "Mucha de la sugestión por las calles viejas de París había prendido en mí como consecuencia de la lectura que hice, en mi adolescencia, de gran número de folletines, atraído por una cierta inclinación de curiosidad hacia ese género literario, juzgado por algunos como de baja literatura. En ese sentido, el libro que más influencia ejerció en mí fue la novela de Balzac *La historia de los trece*. En la primera parte de ese libro aparece un preámbulo sobre las calles de París intensamente sugestivo. Habla su autor de las calles de la gran ciudad de una manera inspirada y alucinada, citando calles nobles, calles comerciales, y calles infames y asesinas. Para Balzac, París es como un monstruo".

Nunca encuentra el monstruo, dice don Pío. Una mistificación de Balzac. Pero sí recorre una ciudad demencial en los albores de la guerra de Hitler. Una ciudad que protege absurdamente sus tesoros urbanos de los bombardeos. Encuentra gente más o menos extraviada: vascos conspiradores, obreros anarquistas y declamatorios, policías y verdugos, miembros de sociedades masónicas secretas, millonarios norteamericanos. Gusta de las innumerables ferias de París, en especial el mercado de las pulgas de la *Porte de Clignancourt*, donde no deja de admirar a las mujeres bellas, como testimonia este párrafo, que no parece de su pluma: "Acostumbran verse por allí unas gitanas, admirables por su belleza, por sus trajes y por su garbo. Recuerdo una muchachita rubia, de ojos claros, que llevaba sobre su cuerpo torneado un traje de seda de colores tan vivos, tan espléndidos, que resultaba verdaderamente una preciosidad. Algo hecho especialmente para que un gran pintor la llevase a un lienzo de los que triunfan en las exposiciones. Yo no he visto nunca una gitana tan guapa. Parecía no sólo aria sino superaria".



En la novela *Susana* (1938), Pío Baroja ya había escrito sobre París y sus rincones. Dijo de este libro en una entrevista: “Esta novela es una broma. Relata la vida de un español, todavía joven, áspero y pesimista, quien conoce a una joven parisiense con la cual inicia una *liaison* abandonando su actitud de salvaje. La muchacha es hija de un pintor preocupado de la higiene y de las infecciones provocadas por las moscas, llevándole a rodear a su hija de excesivos cuidados”. Baroja publicó sus *Paseos de un solitario* en 1955. En ese año aciago sufre un accidente que lo postra y el célebre doctor Gregorio Marañón le diagnostica un grave proceso de arterioesclerosis. Un año después muere. Uno de los portadores de su ataúd fue Ernest Hemingway, quien siempre reconoció la influencia de Pío Baroja en su prosa. ¿Existe mayor honor posible?